

¿TRAGEDIAS INEVITABLES O EVITABLES?

A consecuencia del huracán Fifi, la ciudad de San Salvador se vió azotada, del 19 al 21 de septiembre pasado, por un persistente temporal de lluvia, acompañado de ráfagas intermitentes de viento. Como consecuencia, un gran número de colonias marginadas, principalmente aquellas situadas en las laderas de las barrancas, fueron prácticamente arrasadas por la fuerza de las aguas. Las miserables champas de lata y cartón fueron presa fácil del temporal: en unos casos, el agua y en otros, la tierra erosionada, dieron al traste con innumerables de estos cobijos, más dignos de alimañas que de seres humanos. Hubo casi un centenar de muertos y el número de las personas que tuvieron que ser evacuadas alcanzó a varios miles.

Varias instituciones abrieron sus puertas a los damnificados. Concretamente, las aulas de nuestra Universidad, la UCA, acogieron casi a doscientas de estas personas, rescatadas del fondo de las barrancas que bordean la lujosísima Colonia Escalón.

Insólito y conmovedor espectáculo el de que las paredes serias de un aula académica reciban y cobijen a quienes, en ese momento, más auténticamente representaban al pueblo salvadoreño: familias enteras perdieron lo muy poco que tenían en el fondo de unas barrancas.

Ante este espectáculo de recrudescida miseria, no podemos menos que rebelarnos. Es inaudito que esto suceda y más que suceda en 1974. Es inaudito e inadmisibile. Es insoportable que, al pie de lujosísimas viviendas, en las quebradas donde van a parar los desperdicios de los ricos, encuentren miles de salvadoreños su tumba. Tumba para morir de improviso, pero tumba, principalmente, para morir todos los días un poco. Es injusto e inmoral que, a espaldas de soberbios jardines y amplios garages, se debatan entre podredumbre y parásitos muchos miles de vidas humanas. Esto no podemos aceptarlo, por más explicaciones y justificaciones que se nos den.

Quien, ante esta realidad, no siente una profunda rebeldía es que, ni siente en sus venas a El Salvador, ni siente en carne al ser humano.

Se nos dirá que estas tragedias son inevitables. Que nadie tiene la culpa ni, menos, desea que un huracán azote a nuestros pueblos. Hasta habrá quien pretenda atribuir a Dios la responsabilidad de esta situación y de estas catástrofes. ¡Qué prisa tenemos por justificarnos! ¡Qué prisa por rehuir y negar nuestra responsabilidad! En el fondo, ¡qué mala conciencia tenemos! Porque, nos guste o no, la realidad sigue ahí, y sigue ahí acusándonos a nosotros, los que sí tenemos, de haber abandonado a nuestro hermano. De haberlo abandonado y, lo que es peor, de haberlo explotado y oprimido.

En una tragedia como la que acaba de vivir nuestro pueblo, hay que distinguir muy claramente lo inevitable de lo evitable, lo que no depende de lo que sí depende de nosotros. No está en nuestras manos determinar la aparición o desaparición de un huracán. No está en nuestras manos impedir que la tierra tiemble o que los volcanes hagan erupción. Todo esto, es verdad, no depende de nosotros, Pero sí depende de nosotros a quienes y en qué medida van a afectar estos fenómenos naturales.

Nadie preparó el huracán Fifi, es cierto. Pero ¿no somos nosotros los que hemos preparado esas colonias de champas, pasto propicio de cualquier temporal? ¿No somos nosotros los responsables de que miles de salvadoreños vivan en repugnantes madrigueras en el fondo de las barrancas? ¿No es nuestra sociedad injusta la que niega trabajo, comida y vivienda a quienes tienen tanto derecho como nosotros a los bienes que produce nuestro país? Reflexionemos.

No hay relación alguna entre el temporal que azotó a nuestra ciudad y los daños producidos. Pero, entre el temporal y los daños está nuestra injusticia. El temporal no es evitable; la injusticia, sí. Ninguna casa digna se tambaleó con el aguacero; sólo las champas de los miserables. Y si no podemos evitar el agua, sí podemos y debemos evitar las champas. Del agua, no somos responsables; pero sí lo somos de miles de champas y colonias inmundas que pululan en nuestra ciudad.

Ante la emergencia, gentes buenas se volcaron en ayuda de los damnificados. Cada cual dió lo que pudo: cobijo, comida, ropa, medicinas, dinero. Sin embargo, esto es circunstancial y de poco sirve mientras no pongamos la solución a la raíz.

Porque la raíz, la verdadera emergencia está en esa situación cotidiana y caótica que obliga a muchísimos miles de salvadoreños a vivir en cobijos indignos hasta de ratas.

Nuestra situación es de cotidiana emergencia nacional. A esta situación de injusticia, a quienes con su ambición la causan, a quienes con su indiferencia la mantienen, a quienes de una u otra manera son responsables de que este estado de cosas no encuentre una inmediata solución, nuestra acusación. El pueblo que hoy sufre será algún día su juez.